

Este jóven cristiano, nacido en la Champaña y acostumbrado desde su infancia á vivir de su trabajo, pasó á la ciudad en la edad de catorce años, y se puso á jornalero con los judíos de Vesel en la diócesi de Tréveris, para cabar en una bodega. Noticiosa de esto una muger caritativa que le habia admitido en su casa, le dijo: ¿en qué piensas Verner? Estamos ya en viernes santo, y los judíos te comerán. El inocente y piadoso jóven paisano contestó: mi vida está en manos de Dios. El jueves santo se confesó, comulgó y fue poco despues á su tarea. Bajaron los judíos á la bodega donde se hallaba, y le metieron al instante una bala de plomo en la boca para que no pudiera gritar; luego le ataron á un poste con la cabeza abajo para hacerle arrojar la Hostia que habia recibido. No pudiendo lograrlo, lo crugieron á azotes; despues con un cuchillo le abrieron las venas del cuerpo, y las comprimieron con tenazas para sacar de ellas toda la sangre. Tuviéronle por tres dias colgado, ya de los pies, ya de la cabeza, hasta que cesó de arrojar sangre.

Semejante atrocidad no pudo consumarse con tanto secreto, que dejara de entrever algo una criada cristiana que tenian estos judíos. Participólo al juez del pueblo, pero el dinero de los judíos le cerró la boca. Creyeron con todo necesario sacar de noche el cadáver, y fueron á ocultarle en el hueco de una roca, cubriéndole de zarzas y abrojos. No lejos de este lugar inculto habia muchos de aquellos castillos que servian á las hostilidades intesti-

nas que los señores alemanés, erigidos en otros tantos soberanos, egercian de continuo unos contra otros. De lo alto de aquellas fortalezas observaron los centinelas por espacio de muchas noches, que una luz muy viva centelleaba sobre la caverna que ocultaba el cadáver. La continuación de este fenómeno les condujo últimamente á aquel sitio. Sacaron de él el cuerpo muerto; le transportaron al tribunal de justicia mas contiguo, que era el de Barcharac, y cundió la voz en todo el distrito; la criada que habia hablado ya, fue á confirmar su dicho. Sepultaron á Verner en una capilla vecina, donde concurren muchas gentes, y obró el Señor muchos milagros, segun la deposicion de esta multitud de testigos, y prendieron luego al rabino de Vesel.

En verdad, el Emperador Rodulfo le hizo poner en libertad, condenó á los habitantes de Vesel á una buena multa, y obligó al arzobispo de Maguncia á publicar en el púlpito, que los cristianos acusaban falsamente á los judíos; mas estos por otra parte habian prometido al Príncipe veinte mil marcos de plata, y en tanto que el arzobispo predicaba, mas de quinientos de ellos asistian armados para amedrentar á los fieles.

27. Debilitábase cada dia el afecto de las cruzadas (1). Habiendo propuesto el Papa Nicolao al Rey de Francia tomar la tierra santa bajo su proteccion, Felipe, á consulta de su consejo, rehusó

(1) *Boll. ibid. pag. 703.*

esta comision, aunque al parecer tan honorífica. Con todo, este Papa desde el principio de su pontificado habia concebido grandes esperanzas de recobrar los santos lugares, á vista de las promesas de auxilio que le habian hecho á este objeto los embajadores de Argou, kan de los tártaros mogoles. Habia sido substituido este Príncipe á su tio Ahmed, que se concilió el odio de su nacion haciéndose musulman. Por el contrario, mostró Argou mucha aversion al mahometismo, y fue muy favorable á los cristianos: disposicion que perseveró entre los mogoles, aun mucho tiempo despues de haber cedido al contagio del mahometismo, casi universal en Asia. Afirmaron los embajadores de Argou-can al Papa Nicolao de parte de su amo, que convertiria el templo de la Meca en iglesia, y que recibiria el bautismo en Jerusalem, despues de haber librado á esta ciudad del poder de los infieles. Todavía no se ha visto ningun fruto de estos proyectos.

28. Todo caminaba á la ruina irreparable del poder cristiano en Palestina. Enrique II, Rey de Chipre, descendiente por línea masculina de los condes de Poitou, se sirvió de la rebelion de los sicilianos contra el conde de Anjou, para hacerse coronar Rey de Jerusalem. En el segundo año de este nuevo reinado, el sultan de Egipto Kélaoun-Malec, por otro nombre Saifedino, despues de dispersar junto á Emesa el ejército de los tártaros, partió á sitiar la plaza fuerte de Trípoli, que el mismo gran Saladino no habia osado acometer. To-

mó por asalto la ciudad, y la entregó á las llamas. Entonces quedó destruida del todo la antigua Trípoli, cerca de la cual hizo el sultan edificar poco despues la ciudad que lleva el mismo nombre. Concluyó sin embargo una tregua con el Rey Enrique, que permaneció dueño de Acre y de otras plazas en el continente de Asia.

Llegaron á Acre despues de este tratado cerca de seiscientos cruzados, que decian ser enviados por el Papa. Pero no habia ya subordinación ni concordia en una ciudad que rebosaba en habitantes, mirándose entre sí como estrangeros, y refugiados sin orden ni disciplina en aquella plaza de armas, casi la única que quedaba á los cristianos en aquellas regiones (1). El Rey de Chipre y de Jerusalem, el Príncipe de Antioquia, los condes de Tiro y de Trípoli, los templarios y los hospitalarios, los cruzados, mantenidos por los diversos Soberanos de Europa, todos hacían allí su mansion y tenían sus tribunales en número de diez y siete, de los cuales cada uno pretendia la independencia. Los cruzados que llegaron últimamente no quisieron en esta ocasion observar la tregua, alegando que no habian tenido parte en ella, y que según una costumbre inmemorial no habia obligacion de guardar esta suerte de convenciones con los infieles, cuando alguno de los principales Soberanos del occidente juzgaba á propósito el romperlas. Saliéron furiosamente del

(1) *M. S. Vict. num. 974. = Vill. lib. 8. cap. 138. = S. Antonin. his. tom. 3. pag. 231.*

la ciudad á banderas desplegadas, asolaron la comarca y degollaron á los moradores de muchas aldeas. Reclamó el sultan, mas no fueron oidas sus quejas, y en consecuencia marchó con un numeroso ejército resuelto á esterminar cuantos latinos restaban en Siria. Murió en el camino; pero antes de espirar encargó á su hijo Kalil-Asraf que no sepultase su cuerpo sin haber reducido antes á Acre.

29. Envistió el nuevo sultan á la infeliz Ptolemaida en el principio del mes de Abril de 1291, con ciento cincuenta mil hombres y sesenta mil caballos. Tomó la ciudad por asalto el 18 del mes siguiente, al cabo de cinco semanas de sitio. La mayor parte de los cristianos se retiraron por el mar, cuyo paso tenían libre (1). El Rey Enrique huyó con ignominia á favor de las tinieblas, con los auxilios que habia llevado de Chipre y otros tres mil combatientes. Nicolás, último patriarca latino de Jerusalem, quedó sumergido en el mar con la chalupa en que iba, por haber admitido en ella por caridad crecida multitud de personas. Se acantonaron los templarios y los caballeros teutónicos en la casa del Temple, donde se defendieron aun algun tiempo. Por fin, habiéndose rendido por composicion, fueron todos degollados ó arrojados á las cadenas sin respeto al tratado (2). Los infieles pasaron á cuchillo á todos los cristianos que se les presentaban á la vista, y llevaron á todos los demás en cautive-

(1) *Nang. Chr. ann. 1290.* (2) *Papebr. tom. 14. prælim. num. 272.*

rio. Los degollados ó esclavos fueron setenta mil, á pesar de la muchedumbre que habia escapado por mar, de los que la mayor parte se refugiaron en la isla de Chipre. La ciudad llena de riquezas despues que habia venido á ser el centro de todo el comercio de levante con el occidente, fue abandonada al saqueo: destruyeron luego sus muros, sus torres, sus iglesias, sus casas y la prendieron fuego por cuatro partes.

30. En Ptolemaida habia un monasterio de religiosas de Santa Clara, de cuya castidad heroica debemos hacer mencion (1). Así que supo la abadesa que los mahometanos estaban en la ciudad, juntó capítulo y dijo á las hermanas: „haced, hijas mias, lo que me viereis hacer, y no vacileis un instante en consentir que sea desfigurada esta carne corruptible, á fin de conservarnos puras para el divino Esposo.” A estas palabras tirando de una navaja se cortó la nariz, y se aplaudió de ver desfiguradas todas sus facciones con el hierro y la sangre. Todas las religiosas á su egemplo se disputaron al parecer la gloria de desfigurarse, y la ventaja de rasgar su rostro de una manera mas horrible. Aun no estaba consumado este heroico hecho, cuando entraron los mahometanos con espada en mano. Retrocedieron con horror á primera vista, y lanzándose luego sobre aquellas víctimas medio inmoldadas, dieron la muerte á todas. Los frailes menores

(1) *S. Antonin. tom. 3. pag. 782. = Vading. ann. 1291. n. 1.*

del convento de Acre fueron degollados con el mismo furor.

En el mismo día de la reducción de Ptolemaida, los habitantes cristianos de Tiro abandonaron su ciudad sin combate, y se salvaron con sus navíos (1). En breves días acabó Kalil la conquista de cuantas plazas quedaban á los francos en Siria, y les hizo abandonar sin esperanzas de recobro toda la estension de aquellas provincias. Tal fue el fruto de tanto oro y tanta sangre prodigada por espacio de dos siglos.

31. Habiendo recibido el Papa Nicolao estas tristes noticias, espidió á todos los países cristianos muchas bulas, en las que apuró toda la retórica del tiempo para presentar particularmente esta desgracia, y escitar á todas las potencias á repararla. Tambien escribió á los Soberanos que no estaban sujetos á su obediencia, como á los Emperadores de Constantinopla y de Trebisonda, á los Reyes de Armenia y de Georgia, al kan de los tártaros mogoles, y á uno de los hijos de éste que habia tomado el nombre de Nicolás haciéndose bautizar. Pero el Príncipe tártaro solo habia recibido el bautismo á persuasión de su madre, cristiana celosa, llamada Eroc-Caton; y así que ésta cerró los ojos, se hizo musulman y tomó el nombre de Gayatedino. Entre los Príncipes de occidente el Emperador Rodolfo dió al Papa algunos instantes de una esperanza bien fundada, y mostró en fin querer cumplir con sin-

(1) *Sanut. pag. 231. et 232.*

ceridad su antiguo voto de sócorrer á la tierra santa; mas el efecto de una devoción tan tardía, quedó impedido por la muerte de este Príncipe acontecida en aquel mismo tiempo. Tuvo por sucesor á Adolfo, hijo de Valerano, conde de Nassau, en 32 y 33. Tambien murió Nicolao IV. en 4 de Abril de 1292, y con él se desvanecieron todos los proyectos de cruzadas. Sufrió la santa Sede una vacante de dos años y tres meses, durante la cual los cardenales se ocuparon en intrigas y negociaciones mas que infructuosas (1). La súbita muerte del hermano de uno de ellos que acaeció entonces por una caída del caballo, les inspiró reflexiones mas apostólicas, „¿En qué pensamos, dijo Boucamace, cardenal obispo de Túsculo, dejando tanto tiempo á la Iglesia sin Pastor? ¿á qué aguardamos para poner fin á nuestras divisiones? Ha sido revelado á un santo varon, añadió el cardenal Latino, que si no elegimos en breve un Papa, la ira de Dios se mostrará terriblemente.” El cardenal Cayetano, que fue en lo sucesivo Papa con el nombre de Bonifacio VIII, dijo sonriéndose: „¿no es fray Pedro de Moron á quien el cielo se ha declarado? El mismo es, contestó con gravedad el cardenal Latino, y la santidad de su vida merece que se le dé oídos.” Sobre esto principiaron los cardenales á esplicarse como á porfia acerca de lo que habian oido decir de aquel santo solitario, de sus penitencias, de sus diferentes virtudes y aun de sus milagros. Pronto se hallaron

(1) *Boll. tom. 15. pag. 449.*

los ánimos tan bien dispuestos, que todos los votos se aunaron en su favor. *con ob otosls ls am; at*

34. Espidióse sin demora, esto es, el 5 de Julio de 1294, el decreto de eleccion, y luego fue llevado cerca de Sulmona á la celda de Pedro por un cardenal, tres obispos y dos notarios de la santa Sede. No acababa el santo hombre de creer lo que le anunciaban; y aunque veía á los diputados arrodillados á sus plantas, dudara aun de la seriedad de este paso, si no hubieran puesto en sus manos el decreto auténtico de su eleccion. Menos resistencia hizo de lo que se esperaba; y despues de haberse puesto en oracion con los diputados para consultar al Señor, dijo sencillamente, aunque gimiendo: „no resistiré á la voluntad de Dios, me sujeto á la eleccion de la Iglesia, á quien temo faltar en su necesidad.” Luego se puso en camino para Áquila, ciudad aun poco considerable, por no hacer mas que unos cuarenta años que Federico II la habia fundado. Acudian todos á ver al Sumo Pontífice, montado en un asno y pobremente vestido, estenuado con los ayunos, los ojos entumecidos por las lágrimas que su elevacion no cesaba de hacerle derramar. Fue consagrado en esta ciudad, y tomó el nombre de Celestino V. *de su videro ab us ob*

35. No tardó en dar á conocer que no siempre el cielo justifica por los resultados las presunciones fundadas en el concurso de circunstancias que anuncian mas plausiblemente su eleccion. Sin duda quiso el Señor dar á su Iglesia en la renuncia libre del

pontificado un eemplo de desprendimiento que no se habia visto antes de Celestino, ni se ha admirado despues. Este nuevo Pontífice, que habia llegado en el retiro á la edad de setenta y dos años, sin egercicio, sin estudio, sujeto á la timidéz y á las irresoluciones ordinarias de un juicio recto que se siente destituido de conocimientos y de esperiencia, abandonado como necesariamente á las impresiones de la intriga y de la solapada adulacion, y tanto mas fácilmente engañado, quanto el temor de serlo le hacia aventurar muchas veces sus operaciones; el nuevo Papa, abandonado de esta manera á sí mismo, ó por mejor decir, no gozando mas de sí, y esclavizado sin advertirlo á las personas y á las pasiones ajenas, cometió muchas faltas inevitables en un puesto y en las coyunturas tan críticas, y en particular hizo elecciones muy fatales para las prelacías de mayor importancia. Lo mas memorable que encontramos en su pontificado es la renovacion del decreto que publicó Gregorio X para el cónclave, y la confirmacion del instituto de su orden, llamado de celestinos. Prodigó á estos todos los privilegios de las otras órdenes tan fácilmente, que los Papas siguientes creyeron deber limitarlos por diferentes constituciones.

Despues de unos cinco meses de pontificado, su conciencia timorata, junto con su inclinacion á la soledad, le hizo temblar á vista de todos estos riesgos. „¡Ay de mí! esclamaba derramando lágrimas: ¡no me ha elevado Dios mas que para precipitarme

de mas alto! ¡Cuánto disto de la perfeccion á que yo creía en otro tiempo acercarme! Dicen que tengo gran poder sobre las almas, ¿no deberé pues afirmar la salud de la mia y descargarme de los óbices que la hacen perder la virtud y todo el reposo?" Despues de haber reflexionado algun tiempo y de haber tomado importantes consejos, en los cuales la envidia culpa á su sucesor inmediato de haber tenido mucha parte, pronunció, que un Papa puede renunciar su dignidad, y que los cardenales pueden aceptar su resignacion: hizo al momento la suya, y volvió á tomar los pobres hábitos de ermitaño; lo que los cardenales no pudieron ver sin derramar lágrimas, y en muchos muy sinceras.

36. Despues de diez dias de intervalo, segun la regla, se reunieron de nuevo en el cónclave; y el 24 de Diciembre de 1294, Benedicto Cayetano, cardenal presbítero del título de San Silvestre y San Martin, fue elegido á pluralidad de votos, y tomó el nombre de Bonifacio VIII (1). El 27, Bonifacio, de acuerdo con el sacro colegio, revocó las gracias arrancadas á la inesperienza de Celestino; y temiendo que en lo sucesivo se abusara mas arriesgadamente aun de su sencillez ó de su delicadeza de conciencia, sugiriéndole que no habia podido renunciar legitimamente, tomó tales precauciones para celar sus pasos, que parecieron tiránicas, y con todo se vió no ser suficientes (2). Celestino, aunque con guarda de vista, escapó de noche acompañado

(1) *Rain. ann. 1294. num. 32.* (2) *Boll. tom. 15. pag. 462.*

de un solo religioso, con intento de retirarse á la soledad de Sulmona. Envió el nuevo Papa con temor á su aleance: los emisarios encontraron al fugitivo, á quien reconocieron á pesar de que iba disfrazado: le prendieron, aunque con respetuosas demostraciones, y le condujeron á Bonifacio, quien le recibió con honor, y le señaló para domicilio ó para honesta prision el castillo de Tumona, en la Campania. Murió en él Celestino al cabo de dos meses, con una reputacion de santidad que la Iglesia ha confirmado decretándole público culto.

37. No estuvo mucho tiempo en el pontificado Bonifacio VIII sin dar á conocer su genio emprendedor, imperioso y de una arrogancia que no se detenia por las dificultades ni los riesgos: era, no obstante, circunspecto en los principios de un asunto, y antes que las contradicciones escitaran hasta cierto grado su impetuosidad y altivéz; mas despues incapáz de abrir los ojos sobre las consecuencias de una errada conducta: por último, de una serenidad tan singular en los extremos mas estrafños, que parece tuvo algun género de buena fe, aun en aquellos escesos menos capaces de este sentimiento. Llevó al principio su rigor escesivo sobre el reino de Dinamarca. Para vengar la muerte de su padre Erico VII, el Rey Erico VIII hizo quitar la vida al asesino, sobrino del arzobispo de Lundén, y aun poner preso á este prelado como cómplice del crimen. El Papa escomulgó al Rey, le condenó á indemnizar con cuarenta mil marcos de